

Vivir entre ruinas: Roma en el siglo VI

A inicios de la Edad Media la antigua capital del Imperio romano era una ciudad derruida y semidespoblada

Roma posee dos caras famosas, la clásica de la época imperial y la fastuosa del período papal, pero entre el esplendor de ambas se esconde un milenio durante el cual la ciudad cayó en una agónica decadencia.

En el apogeo del Imperio, hacia el siglo II, la ciudad acogía a más de un millón de habitantes. Sin embargo, ya en el siglo VI, tras la caída del Imperio romano de Occidente (476 d.C.), sólo unas veinte mil personas habitaban Roma: eran los supervivientes de una larga serie de guerras, hambrunas y epidemias. Se marcharon los comerciantes, los marineros, las prostitutas, los trabajadores y la plebe, mientras que la nobleza zarpó hacia Constantinopla, capital del Imperio romano de Oriente. Roma ya no era el centro del mundo; se había convertido en una provincia del Imperio bizantino.

Así la encontró Gregorio Magno en 590, año en que fue elegido papa: una ciudad atrapada entre un pasado glorioso y abrumador y un presente de total abandono. Tanto, que incluso Gregorio hablaba de ella utilizando los símbolos del imperio caído: «Roma ha quedado pelada como un águila que ha perdido sus plumas».

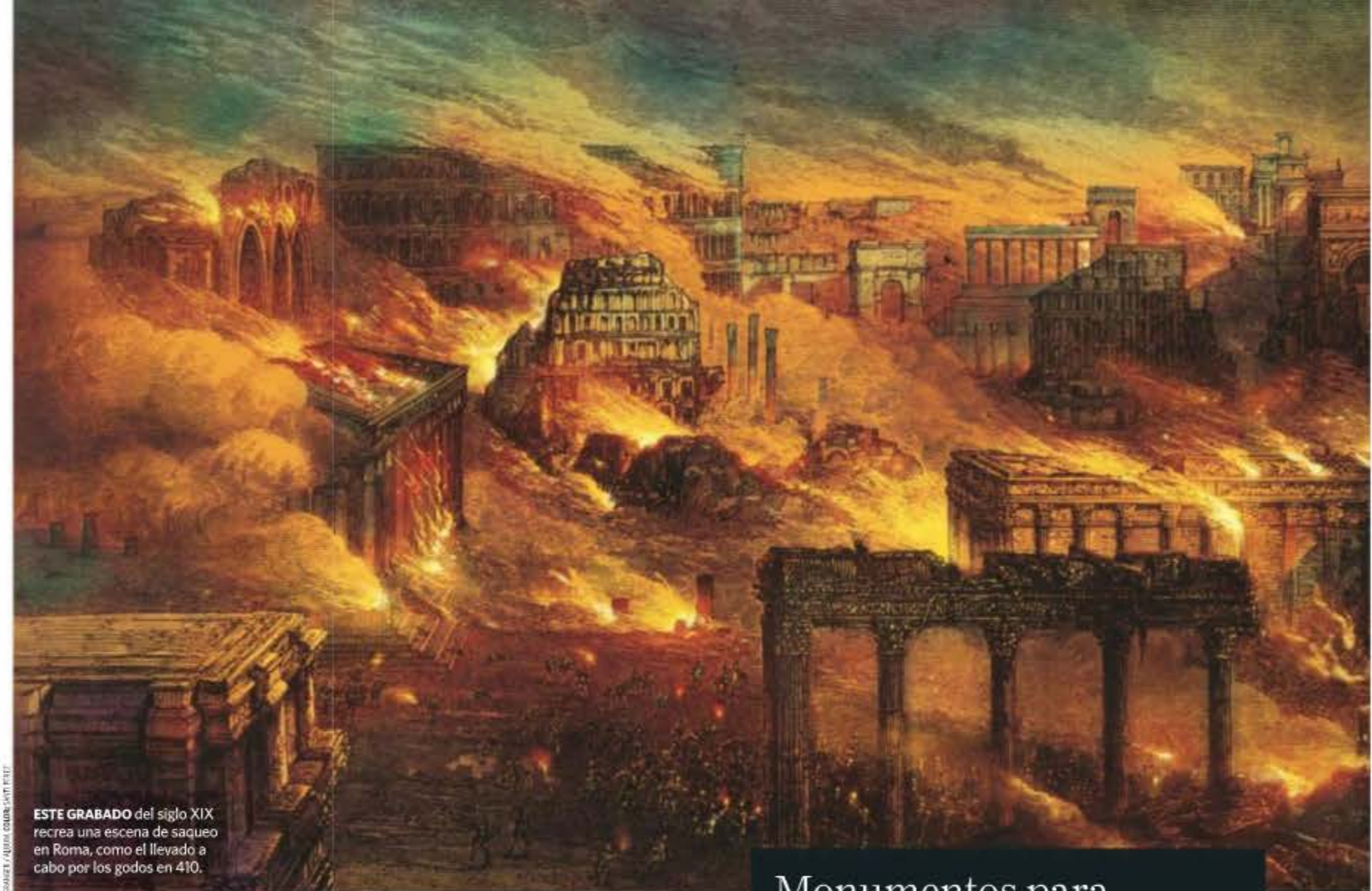
Una ciudad en decadencia

Vista desde las colinas, la Urbe aún conservaba la fascinante silueta que tuvo en la Antigüedad: estatuas gigantes, plazas cubiertas de mármol, columnas decoradas, magníficos techos de bronce, villas patricias y viviendas de la plebe. No obstante, era una ciudad fantasma: en las calles crecía el musgo y los edificios estaban cubiertos de hiedra y habitados por zorros y búhos. Los continuos desbordamientos del Tíber y la ausencia de cuidados habían revestido sus calles de una capa de barro reseco.

Uno de los edificios más imponentes, el anfiteatro Flavio o Coliseo, había cerrado sus puertas hacía años: los últimos espectáculos se remontaban a aproximadamente sesenta años atrás, en época del ostrogodo Teodorico, que había hecho llenar de tierra los subterráneos para no tener que pagar su mantenimiento. Frente al Coliseo se alzaba aún la estatua de Nerón, representado como el dios Apolo, de 34 metros de altura y enteramente hecha de bronce. Éste era el coloso del cual el anfiteatro tomó su nombre. En otros tiempos había sido deslumbrante, pero tras muchos años de abandono se

había oxidado y le faltaban los brazos: se cuenta que Gregorio Magno dio la orden de mutilar la estatua para recuperar el metal y fundirlo. Durante los años siguientes el papa se apropió del resto del bronce. Devoto y pragmático, el pontífice, de este modo, eliminaba a un falso dios y podía utilizar los beneficios del metal precioso para ayudar a los pobres de la ciudad.

A los pies del Coliseo nace la vía Sacra, que llega hasta el otro núcleo monumental de Roma, el Campo de Marte. Allí se alzaban las grandes basílicas —donde tiempo atrás se reunían los comerciantes—, los teatros de Pompeyo



ESTE GRABADO del siglo XIX recrea una escena de saqueo en Roma, como el llevado a cabo por los godos en 410.

Monumentos para material de derribo

A VECES SE CREE que las ruinas de la Roma medieval fueron una consecuencia directa de las invasiones de los pueblos bárbaros y los ataques que lanzaron contra la ciudad, desde el de los visigodos en 410 y el de los vándalos en 455 hasta las varias

campañas de los ostrogodos entre 537 y 550. Sin embargo, seguramente tuvo más efecto destructivo la práctica de los propios romanos de utilizar los materiales de los edificios caídos en desuso. Los especialistas han constatado que entre los siglos V y VII todas las

nuevas construcciones se hicieron con materiales reciclados; tan sólo las tejas de los techos eran nuevas. Incluso la cal se obtenía cociendo el mármol de viejos edificios, para lo que se construyeron numerosos hornos que se harían característicos del paisaje urbano de Roma.

PAPA Y GOBERNANTE

NACIDO alrededor del año 540 en el seno de una noble familia romana, Gregorio el Grande se convirtió en papa en 590. Dada la ausencia de poder imperial en la ciudad, Gregorio tuvo que asumir la autoridad política y llegar a un acuerdo económico con los lombardos que asediaban Roma en 592.

SAN GREGORIO. ANTONELLO DE MESSINA. SIGLO XV. PALERMO.

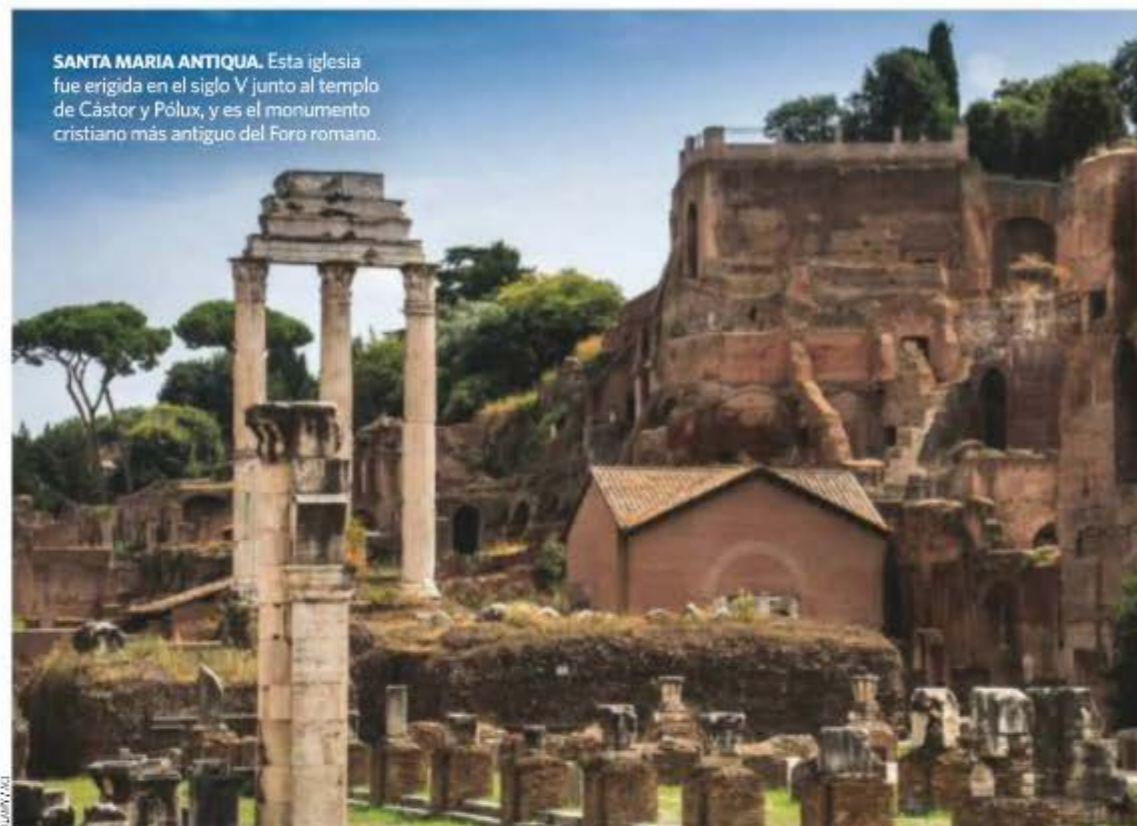
MONDADORI / ALBANI





HORNO o *calcaria* en la Cripta de los Balbos, para hacer cal quemando fragmentos de mármol de edificios antiguos.

COTIDIANEITÀ PER I RITMI DI ATTRAZIONE E DI SPINTA DELLA SOCIETÀ DI ROMA, PER QUANDO FOTOGRAFIE DI LUCCA, MILANO, LEONARDO PER ASSOCIATI, L'OPERA SUPPLEMENTARE DI ROMA, IL SOGNO DI ROMA



SANTA MARIA ANTIQUA. Esta iglesia fue erigida en el siglo V junto al templo de Cástor y Pólux, y es el monumento cristiano más antiguo del Foro romano.

LUMINAZIONE

y de Marcelo y las lujosas termas de Agripa. Pero la escasa población de la ciudad no sabía qué hacer con ese esplendor arquitectónico. Acostumbrados al abandono, los habitantes no se ocupaban de las malas hierbas o del barro que, al sedimentarse, había elevado el nivel de las calles, y se las ingeniaban para abrir caminos a través de la espesa maleza que brotaba entre los templos.

En las calles crecían pequeños árboles que, con el tiempo, se convertirían en las encinas seculares que Carlo magno vio en el año 800 al entrar en Roma desde el norte por la vía Lata, la actual vía del Corso. Por ese mismo camino llegaba, procedente del norte de Europa, el incipiente turismo religioso que quería visitar los lugares sagrados de los mártires. Empezaban a prosperar el mercado negro de las reliquias y las visitas organizadas que, a cambio de unas monedas, llevaban a los peregrinos a arrodillarse frente a la parrilla donde habían quemado vivo a san Lorenzo o ante la columna

de mármol rojo donde santa Bibiana había sido flagelada con cuerdas cubiertas de plomo. También aparecieron las primeras guías turísticas, una especie de Lonely Planet de la época: el *Itinerario de Einsiedeln*, del siglo VIII, por ejemplo, era un mapa de Roma que indicaba a los peregrinos las atracciones religiosas y turísticas de la ciudad.

Sobrevivir entre ruinas

Pero ¿dónde se concentraba la menguada población de Roma? Probablemente entre la orilla izquierda del Tiber y el Trastévere, bebiendo en las tabernas situadas en los antiguos templos paganos. Quién sabe si conservaban el recuerdo de la grandeza del Imperio romano o si se preguntaban quién había construido aquella ciudad enorme. El nivel de alfabetización de la plebe, altísimo en la Roma clásica, había caído en picado: leer y escribir se había convertido en un privilegio de las clases altas.

Los habitantes del Trastévere vivían en insulas (edificios de apartamentos) ruinosas y trabajaban en pequeños negocios. Eran alfareros, ganaderos, campesinos. Supervivientes de un mundo pagano que había quedado superado, reutilizaban todo lo que encontraban bajo los escombros de la Roma imperial: vajilla, telas, herramientas... Cuando una insula se derrumbaba, se trasladaban a otra: la disponibilidad de casas vacías era tan alta que no había necesidad de construir más. Sin embargo, la situación era precaria: no existían sistemas de descarga de las letrinas ni de mantenimiento del alcantarillado, y la Iglesia y la administración civil se atribuían mutuamente la responsabilidad de limpiar las calles.

La situación hídrica también era deplorable. Los dieciséis acueductos que en época imperial llevaban cada día toneladas de agua fresca desde los Apeninos a la Urbe habían sido destruidos

por los godos en el primer asedio de Roma (537-538) y desde entonces su cuidado había sido muy intermitente. Cincuenta años después, Gregorio Magno, en una de sus múltiples epístolas, se quejaba de las condiciones de los pocos acueductos que aún funcionaban a duras penas. La vegetación se había adueñado de las antiguas tuberías de plomo y las raíces habían socavado los cimientos. Las termas que dieron fama a Roma habían cerrado hacia decenios.

Sobre el Palatino aún se alzaban los lujosos palacios donde tiempo atrás residían los emperadores, ahora reconvertidos en sede de la administración de Constantinopla: oficinas y residencias de prestigio para los notables bizantinos, los funcionarios y la pequeña guarnición militar destinada en la ciudad. Eran los privilegios de los expatriados que trabajaban en un país pobre y no querían mezclarse con la población local.

En los siglos siguientes, la ciudad avanzó con dificultad, las plazas se transformaron en bosques, los edificios cayeron y los habitantes reciclaron los materiales para levantar nuevas construcciones. La población abrió senderos estrechos y tortuosos para sortear árboles y escombros en lugar de despejar las antiguas calles anchas y rectas. La salvación de Roma no llegó hasta el siglo VIII, cuando se convirtió en sede papal, privilegio que la transformó en uno de los centros más importantes de la Alta Edad Media italiana. Y sin embargo, durante siglos prevalecerá una sensación de extrañamiento al contemplar una ciudad tan grande, monumental y vacía.

GIORGIO PIRAZZINI
HISTORIADOR

Tras el declive de Roma, empezó a llegar el turismo religioso y prosperó el mercado negro de reliquias

LA VIRGEN. DETALLE DE UN MOSAICO DE LA IGLESIA DE SANTA MARÍA EN EL FORO DE ROMA.



Para saber más **ENSAYO** *The Atlas of Ancient Rome* Andrea Carandini (ed.), Princeton, 2017.